



MADRID

sus jardines y los madrileños

Por Rafael Chaves

1. NECESIDAD DE ZONAS VERDES

Todos parecemos estar de acuerdo en la necesidad de las zonas verdes en la ciudad. Hemos oído hablar de ello muchas veces; como de la conveniencia de hacer deporte o lo saludable que sienta un vaso de leche y un paseíllo antes de irse a la cama por la noche.

Son recomendaciones, son ideas transmitidas que no sabemos bien de dónde nos vienen, pero que se nos van metiendo en el subconsciente.

¿Por qué son necesarias las zonas verdes?

Unos dicen que «por higiene», porque la ciudad es un foco de infecciones, y que los árboles purifican el aire. Pero resulta que esto de que la ciudad es insalubre era cierto en la Edad Media o en las agrupaciones generadas por la Revolución Industrial en el siglo XIX. Hoy está comprobado que la longevidad y el nivel de salud es superior en las ciudades que en el campo, a pesar de la contaminación y de los ruidos. Las únicas enfermedades que se asientan de preferencia en las ciudades son las enfermedades nerviosas y los trastornos cardíacos. Por otra parte, mediciones norteamericanas han comprobado que para absorber el dióxido de carbono eliminado por una persona y un coche sería necesaria la superficie arbolada de una hectárea, cosa absolutamente imposible en cualquier ciudad.

Otro elemento muy utilizado para probar la «necesidad de las zonas verdes» es el de los que conciben la ciudad como algo artificial y buscan en el verde (color «sedante») y en la clorofila la solución a todos los males; ven como único remedio para la ciudad el introducir en ella más y más Naturaleza, hasta que se convierta en una dominante. Pero de aquí resulta una tremenda contradicción: mientras más «campo», más «naturaleza» se incorpora a la ciudad, mas se destruye ésta. Numerosas ciudades del

mundo prueban que a lo máximo que se puede llegar es a un equilibrio entre el medio natural y el medio artificial. En España, un buen ejemplo nos parece Segovia, con su vegetación circundante, sus plazas y sus patios.

Otra razón que se da de la necesidad de la naturaleza en la ciudad es la idea de la estética. Se considera que los únicos elementos «bellos» en las urbes son los árboles, los jardines, las flores, las fuentes de agua. Se menosprecia el valor estético que puede tener la arquitectura en sí y se la considera como algo meramente utilitario, que se olvida de la forma. Es cierto que, por desgracia, esto sucede en la gran mayoría de los casos; pero este hecho no prueba la imposibilidad de hacer arquitectura con belleza.

Hay algunos que creen que la ciudad es en sí algo malo, perverso, pecaminoso, y, por oposición, ven en la Naturaleza una fuente de valores éticos. Conciben las zonas verdes como algo honesto, saludable, libre de pecado, que influye por sí solo en la formación de la niñez y de la juventud, dentro de valores positivos. Demasiado probado también está, especialmente en Estados Unidos, con los estudios de Jane Jacobs, que ciertos parques son un foco de criminalidad y perversiones y que no logran automáticamente el mejoramiento espiritual de la gente.

Y por último existe la idea de las zonas verdes como lugares de desarrollo lúdico-erótico. Se ve en ellas la incitación al desarrollo del cuerpo, a la «ocupación del tiempo libre», a la práctica del amor, al goce sensual del sol, el aire, los perfumes. Pero también esta interpretación adolece de razones poco reales, al menos en España, donde estas actividades se reservan más bien a las playas.

No creemos que los parques no aporten higiene física y espiritual, ni que no contribuyan a un acercamiento a la Naturaleza, ni que no aporten belleza a la ciudad, ni que sean incapaces de inspirar convencimientos éticos, ni que

no son una oportunidad para el desarrollo corporal. No. Creemos que en todas estas interpretaciones sobre la idea de la «necesidad de zonas verdes» hay algo de verdad, ya que expresan un deseo; pero lo que realmente importa es la comprobación de la verdadera necesidad de ellas, del uso que se les da o de la forma más provechosa en que podrían utilizarse.

Antes de continuar, se nos hace un deber el hacer un paréntesis para aclarar que, de acuerdo a nuestra concepción de la Arquitectura y el Paisajismo, parece más apropiado el hablar de «espacios libres y zonas verdes» en conjunto, en lugar de referirse exclusivamente a «zonas verdes», ya que la vida al aire libre puede desarrollarse tanto en espacios que poseen árboles (como la Casa de Campo) o en recintos abiertos que no tengan uno solo de ellos (como la actual Plaza Mayor). De aquí que, en lo que sigue, hablaremos de «espacios libres y zonas verdes» como dos tipos de espacios exteriores que pueden aparecer separados o complementándose, al servicio de la vida al exterior.

2. LOS MADRILEÑOS FRENTE A LOS ESPACIOS LIBRES Y ZONAS VERDES

Desde hace un tiempo nos hemos preocupado por estudiar cuál es la idea que los madrileños tienen sobre los espacios libres y las zonas verdes y descubrir el modo como los usan. Es muy interesante constatar la mentalidad que existe al respecto, cómo esta idea se extiende a través de los medios de información (televisión, radio, periódicos) y cómo los habitantes de la ciudad responden a ella con sus formas de vida.

Veamos primeramente lo que dicen los periódicos. Frente a esta idea, su actitud es de una verdadera preocupación: la idea repetida de «las escasas zonas verdes de nuestra ciudad» la hemos visto aparecer muy a menudo en el «ABC» y en el «Ya». Protestas por la corta de árboles, necesaria para el ensanche de calles o la ejecución de pasos a nivel, se ven prontamente respondidas por fotografías que ilustran la plantación de nuevos árboles en la Plaza de España o la reciente inauguración de un parque por el Ayuntamiento.

Pero donde más curiosamente abunda esta idea obsesiva por el «verde» es en la propaganda que hacen los promotores para sus nuevas urbanizaciones. La publicidad, siempre alerta para explotar alguna «debilidad» o «necesidad» del consumidor, exagera aquello que sabe que atraerá compradores. La falta de aire puro, el ruido de la ciudad, la tan proclamada «falta de zonas verdes», le dan oportunidad para ofrecer pretendidas soluciones paradisíacas que a veces sólo poseen un nombre que recuerda la Naturaleza.

Así hemos oído hablar de las urbanizaciones de «Nuevo Parque Residencial», «Jardines del Manzanares», «Parque de la Virgen», «Jardín del Pacífico», «Parque de Las Castillas», «Pinar de Chamartín», «Parque Lagos», «Entrepinos», «Entrejardines» y muchas otras con nombres igualmente sugerentes. Y hemos visto cómo se ofrece «aire puro y tranquilidad», «la conquista de zonas deportivas», «su piso sobre un jardín», «grandes espacios li-

bres alrededor del edificio», «en el centro de Madrid y rodeado de jardín», «enormes zonas verdes», «el Parque del Retiro a 73 metros», «múltiples zonas ajardinadas», «arbolado y césped», «con mucha luz, rodeados de jardines con fuentes de agua»...

Y cuando ninguna de estas «ofertas de verde» es posible ni remotamente, se conforma con la recomendación de «rodeado de amplias avenidas», «bajo el cielo más puro de Madrid», o bien dándole al edificio mismo un nombre sugerente de Naturaleza: «Edificio Jardín», «Edificio Parque blanco»...

Frente a todo este llamado a la felicidad de la Naturaleza, del aire puro, del silencio, es comprensible que el madrileño esté deseando ser el propietario de ese «aire más puro» o de esos «grandes espacios libres». Y que si no lo puede ser aún, intenta por todos los medios el abandonar esta «ciudad contaminada» apenas se lo permiten sus días festivos. Y así vemos en estos días enormes cantidades de coches en las carreteras y grandes concentraciones de gente en aquellos parques, como la Casa de Campo y El Retiro, que tradicionalmente se ofrecen como oasis de Naturaleza. Y mientras tanto, otros lugares, como el Parque del Oeste, la Fuente del Berro o el Parque Sur, se quedan desiertos.

¿Por qué sucede esto? ¿Hay pocos parques realmente? ¿Están mal situados? ¿O es que no todas las plazas y parques están bien acondicionados para un uso funcional de los habitantes de la ciudad?

¿Qué dice la gente? Siempre, en sus respuestas, aparece el mismo tópico: «En Madrid no hay, o hay muy pocas, áreas verdes.» Si se les replica que, además de los parques que visitan, existen otros como el «Parque de Azorín», «La Dehesa de la Villa», el de «La Arganzuela», el de «Las Avenidas», los grandes parques de «San Isidro» y de «San Blas», el «Parque de Atenas», el «Parque del Sur», el de «La Montaña», el «Parque de Berlín», el «Eva Duarte de Perón», la «Plaza de España», la «Plaza de Oriente» y los «Jardines de Sabatini», el «Parque de Perón» y el de «Doctor Fleming», los dos parques de «Moratalaz», lo más probable es que no los conozcan o que nunca hayan oído hablar de ellos. Y si se les habla de la existencia de «La Elipa», de «El Calero» o de «La Ventilla», la sorpresa sea aún mayor.

Es probable que conozcan algunos espacios de la ciudad vieja, tales como la Plaza Mayor, la Plaza de Santa Ana, la Plaza del Rey, la Plaza del Carmen, el Paseo del Prado, el Jardín Botánico, los jardines de las Vistillas, la Plaza de Isabel II, la Plaza del Arquitecto Ribera, la Cuesta de la Vega... Pero dejando de lado los parques y plazas que no conocen, porque «está lejos de mi barrio», ¿en qué forma utilizan y gozan de los espacios que conocen? (digamos la Plaza Mayor, el Retiro, la Casa de Campo).

¿Qué dicen las autoridades del Ayuntamiento de Madrid? Según sus cálculos, Madrid es actualmente una ciudad bastante bien dotada de «zonas verdes». Ellos contabilizan solamente los espacios con plantas, pero también (dentro de éstos) aquellos que por cumplir una función puramente estética no sirven como lugar de «estancia» para la gente; me refiero especialmente a los «relle-



nos de vegetación» en las plazas de encrucijadas de calles, en las fajas laterales de avenidas y en la periferia de fuentes y monumentos. Frente a Nueva York, que tiene nueve metros cuadrados de «espacios verdes» por habitante, a París, que posee 18 m²; a Londres, que contabiliza 9 m², y a Berlín, con 13 m², el Departamento de Parques, Jardines y Estética urbana del Ayuntamiento de Madrid nos entrega, para su ciudad, la optimista cifra de 10 m² de zona verde por habitante.

Aunque estas cifras son difíciles de comparar por basarse en criterios diferentes, debemos creer que algo habrá de cierto en ellas.

Y comenzamos a sospechar que el problema de los espacios libres y zonas verdes, en lugar de plantearse sólo en su aspecto de cantidad (metros cuadrados por habitante), debe tener una significación en cuanto a su calidad y a su distribución dentro de la ciudad.

Esta significación cualitativa de los espacios libres y zonas verdes la entendemos como una adaptación (a través de diversas características) del jardín junto a la vivienda, de la plaza, del parque público de barrio o del parque metropolitano (para toda la ciudad) a las verdaderas necesidades de la gente que los utiliza.

Recorramos ahora algunos de los principales espacios libres y zonas verdes de Madrid y reflexionemos sobre la manera como los aprovechan los madrileños.

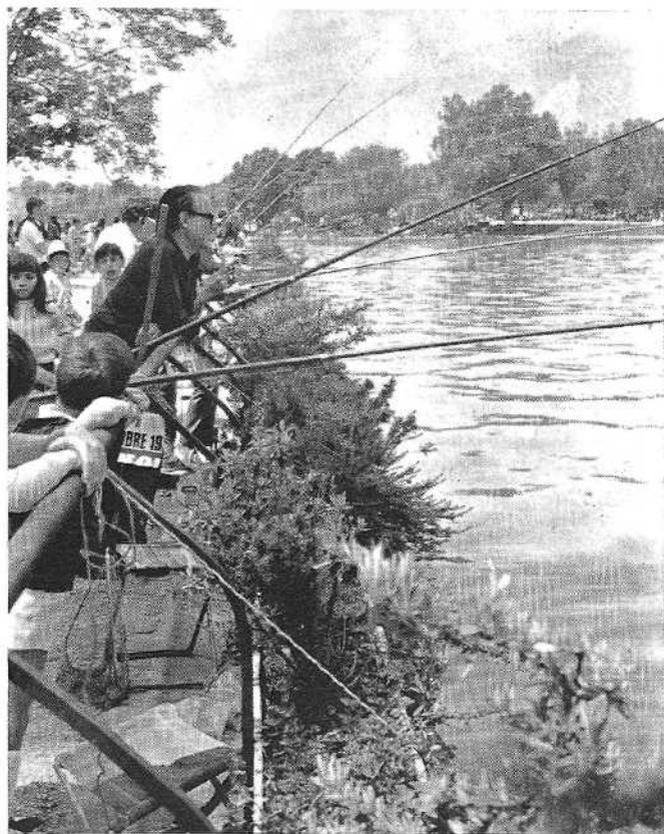
3. LOS ESPACIOS LIBRES Y ZONAS VERDES DE MADRID

El primero de ellos es, sin duda la *Plaza Mayor*, que, construida en sus actuales dimensiones por orden del Rey Felipe III, en 1617, según planos del arquitecto Juan Gómez de Mora, ha sufrido varios incendios y restauraciones. La más importante de todas, a nuestro juicio, para su uso como lugar exclusivo de reuniones y fiestas, fue la realizada recientemente con la creación del aparcamiento subterráneo y el destierro definitivo de coches y carruajes de su interior. Así, sin ruidos mecánicos, este maravilloso «espacio libre», aunque no se cuente como «zona verde», es uno de los que con mayor «confort» alberga la estancia al aire libre de los madrileños. No hay plantas en la Plaza Mayor, pero el leer un periódico, o conversar o pasearse, o comprar sellos los domingos, o tomarse un chato de «Moriles» en una de las mesas mirando el juego de los niños, o asistir a cualquiera de las numerosas exposiciones, fiestas, conciertos o representaciones que, en una tradición continuada, se siguen ofreciendo allí, son experiencias únicas en esta ciudad; y todo... en un espacio «pura obra de arquitectura». Según cálculos, en su superficie de 110 por 145 metros pueden albergarse unos cincuenta mil espectadores. Pero, ¿se han reunido alguna vez tantos? Felizmente, su baja densidad de uso la hace más agradable a los pocos sabios que la gozan, pero ¿es entonces justa la reclamación de «falta de espacios para la vida al exterior»?

El *Parque del Retiro* es, sin duda, uno de los mayores cantos de Madrid. Hecho conocido por los turistas, es muy visitado por madrileños y extranjeros, a pesar de que algunas autoridades opinan que «no convendría ha-

blar demasiado del Retiro para no fomentar su visita» y romper el encanto de sus avenidas silenciosas y solitarias. Propiedad del Ayuntamiento desde 1868, «El Retiro» es la antítesis de la Plaza Mayor como espacio urbano. La primera es un espacio libre puro; el Retiro es un excelente ejemplo de «zona verde» con recintos, ámbitos y espacios diferenciados para diversos usos.

Y aquí ya deberíamos comenzar a hablar de diseño, de ordenación de espacios, de cualidades de éstos, de adaptación a usos específicos. Pero como éste pretende ser tan sólo un trabajo de divulgación y no de precisiones técnicas, vamos a decir, como postulado, que el Retiro es, para nosotros, el mejor parque de Madrid hasta la fecha.



¿Por qué? Pues porque soluciona en primer lugar y de manera adecuada una de las necesidades urgentes del que quiere vivir al exterior: *la sombra*. En Madrid, esta necesidad, que en otros países es sólo de dos meses, se prolonga aquí a ocho (desde abril a noviembre), y es, a nuestro entender, lo que nunca se debe perder de vista al diseñar los espacios urbanos.

No haremos una descripción de sus características, que sería muy largo, pero al menos nos interesa señalar que con su superficie de 120 hectáreas podría albergar cómodamente unas 24.000 personas (permitiendo hasta un mínimo de 50 metros cuadrados por persona). Sin em-

bargo, es frecuente ver grandes aglomeraciones en torno al estanque y a la zona conocida como «la Chopera» (antes también sucedía en el Zoo), mientras el resto permanece más o menos vacío. ¿Mala orientación del público para usar el parque o mal ordenamiento de sus funciones? ¿Falta de otros centros de interés que distribuyan mejor a los visitantes? Son problemas que los arquitectos paisajistas y los urbanistas deberán resolver en el futuro.

El Parque del Oeste. Creado en 1901 en la zona que hoy conocemos como el Paseo del Pintor Rosales, sufrió grandes desperfectos durante la guerra última; pero a raíz de la liberación de Madrid, el Ayuntamiento se ocupó activamente de su ampliación y restauración, dándole la forma que hoy conocemos, dentro de una extensión de 93,5 hectáreas.



Para muchos constituye uno de los parques más agradables de la ciudad, pero es increíble el poco uso que de él se hace. Nos hemos preocupado de visitarlo a diversas horas, incluso en festivos por la mañana y por la tarde, y siempre nos sorprende la soledad que en él se encuentra. ¿Razones? Creemos que todas se relacionan con deficiencias en su planificación. Existen muchos árboles —tal vez demasiados—, pero ubicados sin pensar en la gente; no dan sombra a los caminos ni a los sitios donde se ubicaron los asientos. Los caminos, algunos con una pendiente excesiva que ha hecho que la erosión los haya socavado, discurren en forma serpenteante, pero sin ninguna intención clara; los encuentros de éstos son siempre incómodos y no se producen (sino en muy pocos lugares) recintos cerrados que inviten a la «estancia». Sólo hemos constatado grupos de gente en el pinar junto a la calle Séneca, en un espacio abierto que queda próximo a la avenida del Arco de la Victoria, junto al muro de

contención, y en la zona de juegos infantiles en el Paseo del Pintor Rosales.

Por su actual trazado (especialmente en el sector norte), el Parque del Oeste es un parque «de paso», pero no un parque para estar. Parte de sus problemas se solucionarían construyendo algunas gradas en los caminos de fuerte pendiente y ubicando los bancos y asientos en las zonas que quedan sombreadas. Pero para revitalizarlo en cuanto a su uso, nos parece que requeriría una reestructuración total, basada en un estudio profundo.

La Casa de Campo, con sus 1.700 hectáreas, constituye el principal parque de Madrid, desde que en 1931 pasó del Patrimonio Real a poder del Ayuntamiento.

A pesar de que es más bien un «parque forestal», sin muchas zonas de jardín cuidado, posee la gran virtud de

proveer de sombra en zonas donde se puede «estar» y tiene incorporados dentro de sí diversos elementos de interés para el esparcimiento público: zonas deportivas (tenis, fútbol, baloncesto, natación, equitación), el lago con sus botes, el Parque de Atracciones, el teleférico y, últimamente, el nuevo Zoológico. Todos estos elementos atraen gran cantidad de público, especialmente el Parque de Atracciones y el Zoo, donde el aparcamiento de coches crea muchos problemas a resolver.

Existen por parte de la Dirección de Parques, Jardines y Estética urbana numerosos proyectos e ideas para un mejor ordenamiento de este parque, que con una nueva anexión de doscientas hectáreas posee la vocación precisa para llegar a convertirse en el principal lugar de esparcimiento para todos los madrileños (Parque Metropolitano).

La Quinta de la Fuente del Berro y los Jardines de Sancho Dávila. La Quinta, con una superficie de ocho hectáreas, es desde el año 1948 propiedad del Ayuntamiento, que le introdujo grandes mejoras e instaló en las



Madrid, sus jardines y los madrileños

construcciones que conservaba el Museo Arqueológico Municipal. Posee frondosos árboles y muy cuidados prados de césped, en un terreno de pendientes suaves, que la hacen muy agradable para estar y para pasearse.

En 1968 fue ampliada en 5,5 hectáreas más en lo que se llama los Jardines de Sancho Dávila, pero es de lamentar que el nuevo trazado no supo interpretar las cualidades del parque antiguo y resulta de una inferioridad muy notoria.

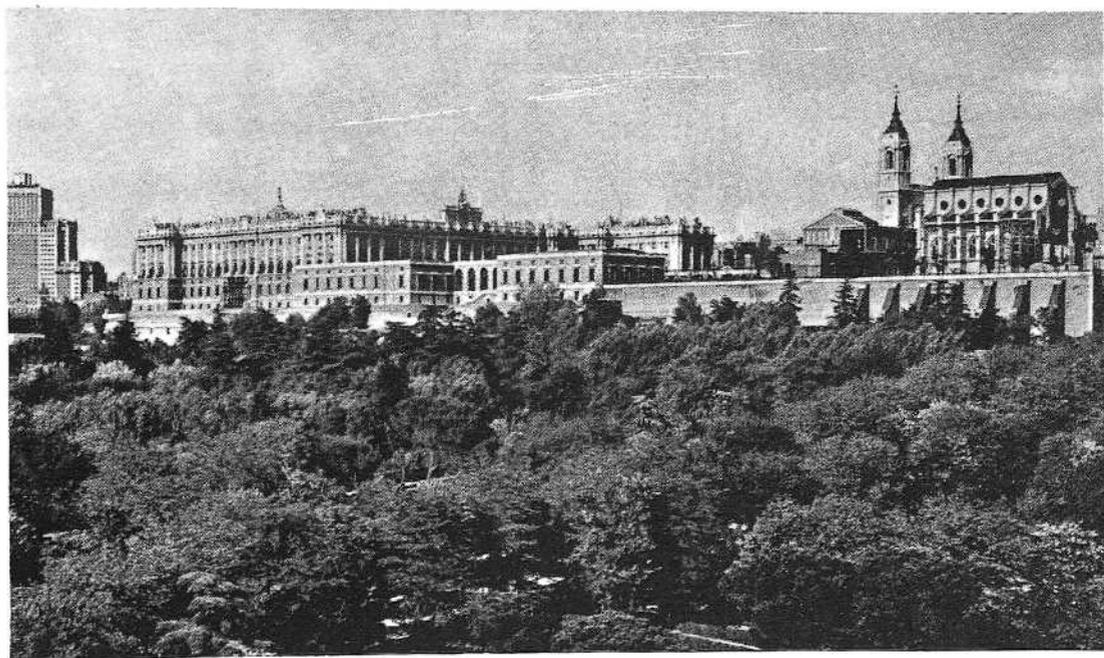
Parque de Eva Duarte de Perón. Situado al extremo oriente del barrio de Salamanca, es notoriamente uno de los parques que la gente usa con mayor intensidad.

De sólo 2,75 hectáreas, fue adquirido por el Ayuntamiento en 1941 y su conformación actual mantiene la de la finca anterior, llamada «Parque de los Leones».

tancia en nuestras horas de ocio y de esparcimiento en los días festivos.

La nómina de parques debería completarse al menos con el Parque del Sur, el Parque de Atenas, el de La Arganzuela, el de San Isidro, el de Las Avenidas, el de San Blas, El Calero, La Elipa, los Parques de Moratalaz, el de Azorín y el de Entrevías. Mientras la lista de plazas debiera incluir por lo menos a la Plaza de España, los Jardines de Sabatini, la Plaza de Oriente, el Jardín de Las Vistillas, el Paseo del Prado con la Plaza de Murillo y la Plaza de la Lealtad, el Jardín Botánico, la Plaza del Conde del Valle de Súchil, el Jardín del Arquitecto Ribera y la Plaza de la Villa de París.

Todos estos nombres en cuanto a jardines municipales; pero las áreas verdes y espacios libres de Madrid son aún



Es un agradable recinto con mucha sombra, asientos bien situados, meseta elevada que aísla una zona para bicicletas de niños, con un bar muy concurrido y ámbitos enmarcados por setos bajos de aligustre.

La Dehesa de la Villa. Parque forestal, especialmente de pinares, fue donado a la Villa de Madrid por Alfonso VII en 1122 y, después de haber disminuido considerablemente por cesiones y ventas, cuenta en la actualidad con una superficie de 99 hectáreas. Con el aumento de la tasa de motorización se está haciendo muy visitado en los días festivos, a pesar de que sólo cuenta con dos bares como centros de interés.

Hasta aquí hemos hecho una breve descripción y crítica de cinco parques municipales de Madrid y de su Plaza Mayor; pero la lista, para este verano de 1972, podría ampliarse hasta unos 26 parques abiertos al público (más cuatro aún sin abrir o en construcción) y unas veinte plazas que sirven efectivamente de lugar de es-

muchos más si se consideran los no municipales, tales como la Ciudad Universitaria, los montes de El Pardo, el Campo del Moro, los de algunas nuevas urbanizaciones como el Barrio del Niño Jesús y el de Sagonia-Dehesa de la Villa, y se agregan los clubs particulares, como el de Campo, el de Puerta de Hierro y el del Real Automóvil Club de España.

Esta larga enumeración parece probar que, efectivamente, la cifra de parques por habitante en Madrid bordea los diez metros cuadrados, superando la cifra de ocho metros cuadrados por habitante que en Londres se estima adecuada.

¿Dónde está, entonces, la diferencia que a los arquitectos nos hace admirar los jardines londinenses como parte de un paraíso inalcanzable?

Ya habíamos adelantado que nos inclinábamos más por una valoración cualitativa de los espacios libres y zonas verdes que por las simples cifras de superficies en hec-



táreas. Los parques, plazas y jardines de Madrid están ahí como si fuesen *habitaciones vacías o mal acomodadas* de este gran palacio que es la ciudad; no invitan a ser usados.

A todos nos preocuparía si tuviéramos en nuestra casa la sala de estar desalojada, sin muebles, o si estuviese desordenada y mal acondicionada. Lo mismo sucede con la mayoría de los parques y plazas: no se usan, a pesar de su superficie suficiente, porque no están bien situados, no están bien conectados con las vías de circulación o no se han diseñado de una forma adecuada a lo que la gente necesita para satisfacer sus necesidades de esparcimiento al aire libre.

4. PARA UN MEJOR GOCE DE LOS ESPACIOS LIBRES Y ZONAS VERDES DE MADRID

Habíamos visto al comenzar cómo el sentido, la idea o el mito de la «necesidad de las áreas verdes» parece ya haberse apoderado del madrileño y lo empuja a buscar la Naturaleza hacia «las afueras de Madrid» cada vez que su tiempo libre se lo permite.

Recordamos también cómo la idea de las zonas verdes se asocia con una ambigua idea de felicidad relacionada con la naturaleza, el desarrollo físico y espiritual, la estética, la higiene.

Y postulábamos que este prurito por escapar de la ciudad proviene del lugar común de que «en Madrid no hay zonas verdes», de que «en Madrid no hay felicidad» y de la engañosa propaganda de los vendedores de pisos que pretendidamente ofrecen una «solución» a lo que se dice faltar: aire puro, vegetación, silencio.

Y se sale de Madrid, se hacen muchos kilómetros en coche para instalarse junto a la carretera a ver pasar otros coches y comerse un bocadillo de patatas.

¿Es ésta realmente la felicidad que puede dar la Naturaleza?

Hay especialistas que han estudiado cómo se deberían usar los espacios exteriores y zonas verdes (parques, plazas, reservas naturales), según la cantidad de tiempo libre de que disfrutemos; y así hablan del tiempo libre cotidiano, del tiempo libre del día festivo, del ocio del fin de semana y de las vacaciones anuales. Es lógico pensar que mientras más días libres dispongamos, más lejos podremos ir en busca del descanso, por lo que en ningún caso estamos contra la salida de la gran ciudad cuando se trata de períodos largos, que nos permitan disponer de horas suficientes de descanso para reponernos de las fatigas del viaje. Lo que creemos es que ese afán tan loco por «salir fuera» podría verse disminuido en provecho de más horas de descanso y sin las tensiones del viaje, si aprendiésemos a utilizar las zonas verdes y espacios libres ya existentes (que estimamos suficientes en superficie), y al mismo tiempo estos espacios exteriores se fueran mejorando en calidad para hacerlos más confortables y atractivos.

Lo primero sería el hacer una *campana para dar a conocer* los lugares de recreo al aire libre que posee Madrid y que son de usufructo gratuito de todos los ciudadanos. Podrían realizarse folletos, películas y videos que mos-

traran lo que existe, al mismo tiempo que dieran normas y orientaciones para su uso. El gran público va donde se le llama, el gran público compra lo que se le ofrece con una propaganda inteligente. Si el gran público es el dueño de ese inmenso tesoro que son las plazas y los parques, ¿por qué no reeducarlo para que lo descubra y aprenda a gozar de él?

La segunda tarea debiera ser la de mejorar la calidad de los espacios libres y zonas verdes *umentando su habitabilidad*, del mismo modo como reformaríamos una vivienda para «hacerla más acogedora», o compraríamos muebles, lámparas y moquetas para sentirnos en ella «más a gusto». Este mejoramiento de la habitabilidad debería abarcar diversos aspectos: desde la simple colocación de bancos y asientos bien diseñados y en lugares más apropiados que la mayoría de los actuales, hasta la complementación de los recintos con bebederos de agua, glorietas, juegos infantiles (¿qué deficientes son los de Madrid!).

En otros casos convendría agregar árboles de sombra (como se ha hecho en la Plaza de España) y cerrar vistas y subdividir los jardines en espacios más pequeños (como en algunas zonas del Retiro y en el Parque Eva Duarte de Perón), y crear nuevas atracciones y focos de interés, como pistas deportivas, bares, teatros para niños, cines, pequeños zoológicos de animales y pájaros.

Podrían también corregirse algunas plazas y parques estudiando mejor sus puntos de entrada y su relación con los caminos por donde llega la gente y planificando nuevos y suficientes aparcamientos.

Los futuros parques y plazas debieran proyectarse pensando más en el ser humano al que deben acoger (como lo hicieron los diseñadores del Retiro, de la Quinta del Berro o del Parque de Eva Duarte de Perón) y utilizando las plantas con un criterio más inteligente, para proveer de mejores condiciones a los recintos.

Los urbanistas debieran estudiar la distribución de nuevos espacios libres y zonas verdes para ir descongestionando el centro de Madrid; ojalá creando muchos recintos al estilo de la Plaza Mayor, que es hoy día una joya de espacio urbano, sólo para peatones. Y muy especialmente jardines junto a las viviendas, para uso diario de niños y ancianos.

Y si, como ya hemos sugerido, se enseña a los madrileños a vivir sus espacios exteriores y éstos se proveen de algunas pocas comodidades extras, estamos seguros que muy pronto comenzarán a valorar el tesoro de los jardines de Madrid —diseñados para su sol, para su sequía, en su estilo propio—. Y aprendiendo a usarlos, tal vez lleguen a ser más felices.

BIBLIOGRAFIA

1. «Ciudad y espacios verdes». Juan Manuel Alonso Velasco.
2. «La ideología clorofila». Mario Gaviria. Artículo en la Revista *Ciudad y Territorio*.
3. «Manual informativo de la Villa de Madrid». Fco. Baztán Vergara.